

llos cinco mamelucos, que los prefería al resto de sus spahis: ellos solos recordaban y sobrepujaban la intrepidez de aquellos terribles soldados de á caballo destruidos por el ejército francés en la jornada de las Pirámides. Estamos en el siglo de las maravillas, y cada francés parece hoy estar llamado á desempeñar un papel extraordinario; cinco soldados, sacados de las últimas filas de nuestro ejército, eran casi en 1805 los señores del Cairo. Nada mas divertido y singular que el ver á Abdallah de Tolosa coger los cordones de su caftan, sacudir con ellos á los árabes y á los albaneses que le importunaban, y abrirnos de este modo un ancho camino en las calles mas populosas. Por lo demás, estos reyes por el destierro habian adoptado, á ejemplo de Alejandro, las costumbres de los pueblos conquistados; vestian largas ropas de seda, hermosos turbantes blancos y soberbias armas: tenian un harem, esclavos y caballos de la primera raza; cosas todas que no tienen sus padres en la Gascuña y Picardía. Mas en medio de las esteras, los tapices y los divanes que encontré en su casa, noté un despojo de la patria, un uniforme rajado de sablazos que cubria el pié de una cama á la francesa. Abdallah reservaba sin duda aquellos hermosos girones para el fin de su sueño, como aquel pastor hecho ministro:

Le coffre étant ouvert, on y vit des lambeaux

L'habit d'un gardeur de troupeaux

Petit chapeau, jupon, pannetiere, houlette,

Et je pensé oussi sa musette.

Al otro dia de nuestra llegada al Cairo, que era 1.º de Noviembre, subimos al castillo para examinar los pozos de José, la mezquita, etc. El hijo del bajá habitaba entonces

aquel castillo. Presentamos nuestros respetos á S. E., que podria tener de catorce á quince años. Le encontramos en un destartalado gabinete sentado sobre una alfombra y rodeado de una docena de adulares que se apresuraban á obedecer sus caprichos. Jamás he visto un espectáculo mas repugnante. El padre de aquel niño apenas era señor del Cairo y no poseia ni el alto ni el bajo Egipto, y en este estado de cosas doce miserables salvajes alimentaban con las bajas adulaciones á un jóven bárbaro, á quien por su seguridad tenian encerrado en un torreón. ¡Este era el señor que aguardaban los egipcios despues de tantas desgracias!

En un rincon de aquel castillo degradaban á un niño que habia de gobernar hombres, y en otro estaban acuñando moneda de baja ley. Y á fin de que los nabitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro alterado y el jefe corrompido que se les preparaba, estaban apuntados sobre la ciudad los cañones del castillo.

Yo preferia dirigir mi vista á la parte exterior, y admirar desde lo alto del castillo el vasto cuadro que presentaba á lo lejos el Nilo, las campiñas, el desierto y las pirámides. Parecia que tocábamos á estas últimas, sin embargo de que todavía nos hallábamos á cuatro leguas de distancia. Con la simple vista distinguia yo perfectamente los asientos de las piedras y la cabeza de la esfinge que salia de entre la arena; y con el anteojo contaba las gradas de los ángulos de la gran pirámide, y distinguia los ojos, la boca y las orejas de la esfinge. ¡Tan enormes son aquellas masas!

Memfis habia existido en las llanuras que se estienden desde la otra parte del Nilo hasta el desierto, donde se elevan las pirámides.

“Aquellas llanuras felices, dice Diodoro, donde se dice moran las almas de los justos, no son propiamente otra cosa que las hermosas campiñas que se hallan en las inmediaciones del lago Aquerusa, cerca de Memfis, y las cuales ocupan los campos y los estanques cubiertos de trigos y de sotos. No sin fundamento se ha dicho que los muertos habitan aquel sitio, porque allí es en donde se terminan los funerales de la mayor parte de los egipcios, cuando despues de haber hecho que sus cuerpos atraviesen el Nilo y el lago de Aquerusa, los depositan, en fin, en unas tumbas que están colocadas bajo tierra en aquellos campos. Las ceremonias que hoy día se practican, aun en el Egipto, convienen esactamente con lo que los griegos dicen del infierno, como la barca que trasporta los cuerpos, la moneda que es preciso dar al barquero llamado *Charon* en lengua egipcia; el templo de la tenebrosa Hecate, colocado á la entrada del infierno, las puertas del Cocito y del Leteo, asentadas sobre quicios de bronce, y á otras puertas, que son las de la verdad y de la justicia, que está sin cabeza.”

El día 2 nos dirigimos á Djizé y á la isla de Roda, y en medio de las ruinas de la casa de Mourat-Bey examinamos el Nilometro. Habiamonos aproximado mucho á las pirámides, las cuales á esta distancia parecian de una elevacion desmesurada, y como las descubriamos al través de los arrozales, el curso del rio, las copas de las palmas y de los sicómoros, asemejaban á unos edificios colosales levantados en medio de un magnífico jardin. La luz del sol, admirablemente templada, coloraba la árida cordillera del Mogattam, las arenas líbicas, el horizonte de Socarah y la llanura de los sepuleros. Un viento fresco arrojaba hácia la Nubia unas nubecillas blancas, y rizaba las aguas del

Nilo. El Egipto me ha parecido el país mas hermoso de la tierra: hasta los desiertos que le rodean me agradan, porque abren á la imâginacion los campos de la inmensidad.

Cuando volviamos de nuestra correría, vimos la mezquita abandonada de que he hecho mencion al hablar del El Sachra de Jerusalem, y que me parece es el original de la catedral de Córdoba.

Detúveme en el Cairo cinco dias mas, con la esperanza de visitar los sepuleros de Faraon; pero no me fué posible, porque por una singular fatalidad las aguas del Nilo no habian bajado aun lo suficiente para poder ir á caballo á las pirámides, ni se hallaban bastante altas para poder acercarse á ellas en un bote. Enviarnos algunos árabes para que sondeasen los lados y examinasen la campiña, y todos convinieron en que no podia emprenderse aquella expedicion hasta que pasasen tres ó cuatro semanas. Semedjante detencion me hubiera espuesto á tener que pasar el invierno en Egipto (porque ya iban á empezar los vientos del Oeste), y esto era muy perjudicial á mis negocios y á mis intereses. Harto me habia detenido ya en el camino, y el haber querido visitar el Cairo, me habia espuesto á no volver á Francia. Hube, pues, de resignarme con mi suerte, volverme á Alejandría, y contentarme con haber visto las pirámides con mis ojos, ya que no habia podido tocarlas con mis manos. Encargué á monsieur Caffé que en la primera ocasion escribiese mi nombre sobre aquellos grandes sepuleros, segun se acostumbra; porque no debe olvidarse ninguno de los deberes á que está obligado todo piadoso viajero. ¿No nos complacemos en leer sobre las ruinas de la estatua de Memnon el nombre de los romanos que la oyeron suspirar al salir el sol? Pues aquellos

romanos fueron, como nosotros, *extranjeros en tierra de Egipto*, y nosotros pasaremos como ellos.

Por lo demás, yo hubiera podido pasarlo bien en el Cairo: esta es la única ciudad que me ha dado la idea de un pueblo oriental, segun ordinariamente nos le figuramos, y en este concepto ocupa un lugar en las *Mil y una Noches*. Todavía conserva algunas reliquias del paso de los franceses: las mujeres se dejan ver allí con menos reserva que en otro tiempo; puede uno ir y entrar en todas partes; y el traje europeo, lejos de ser un objeto de insulto, es un título de proteccion. Hay un jardin muy hermoso plantado de palmeras, que forman alamedas circulares: este paseo público es obra de nuestros soldados.

Antes de dejar el Cairo regalé á Abdallah una escopeta de dos cañones de la fábrica de Lepage, de cuya arma me ofreció hacer uso en la primera ocasion. Separéme de mi huésped y de mis amables compañeros de viaje, y me trasladé á Boulacq, en donde me embarqué para Roseta en compañía de Mr. Caffé. Nosotros éramos los únicos pasajeros que íbamos en el buque, y dimos la vela el 8 de Noviembre á las siete de la noche.

Bajamos con la corriente del rio, y entramos en el canal de Menouf. El 10 por la mañana, al salir del canal para entrar en el gran brazo de Roseta, advertimos que la costa occidental del rio se hallaba ocupada por un campamento de árabes. La corriente nos llevaba contra nuestra voluntad hácia aquel lado, y nos obligaba á cargar sobre la orilla. Un centinela que estaba oculto tras un antiguo muro, gritó á nuestro patron diciéndole que atacase. Este contestó que tenia prisa de llegar á su destino, y que además no era enemigo. Durante este coloquio habíamos llegado á tiro de pistola de la orilla, y el rio corria en esta

direccion por espacio de una milla. Al ver el centinela que seguíamos nuestro rumbo, nos hizo fuego; esta primera bala casi mató al piloto, y como éste contestó con un tiro, se puso en movimiento todo el campo. Los árabes cubrieron la costa, y nosotros tuvimos que sufrir el fuego de toda la línea. Caminábamos poco, porque teníamos el viento contrario, y para colmo de nuestra mala suerte, nos encontramos encallados por un momento, y nos hallábamos sin armas; porque yo, como ya he dicho, había regalado mi escopeta á Abdallah. Me empeñé en hacer bajar á la cámara á monsieur Caffé, á quien el deseo de complacerme habia espuesto á aquella desagradable aventura; mas aunque padre de familia, y entrado ya en edad, se obstinó en permanecer sobre cubierta. En esta ocasion noté la singular celeridad de un árabe, el cual disparaba su fusil, volvía á cargarlo corriendo, tiraba de nuevo, y todo esto sin quedarse un paso atrás del barco. La corriente nos llevó, en fin, á la otra orilla; pero nos echó en un campo de albaneses sublevados, mas peligrosos aun para nosotros que los árabes, porque tenían un cañon, y una bala podia echarnos á pique. Advertimos algun movimiento en tierra; pero felizmente sobrevino la noche, durante la cual tuvimos la precaucion de no encender lumbre, y guardamos silencio. La Providencia nos condujo sin otro accidente por en medio de las partidas enemigas hasta Roseta, á donde llegamos el dia 11 á las diez de la mañana.

Allí pasé dos dias en compañía de Mr. Caffé y Mr. de Saint-Marcel, y el 13 partí para Alejandría. Al dejar el Egipto, lo saludé con estos hermosos versos:

Mere antique des arts et des fables divines,
Toi, dont la gloire assise au milieu des ruines.

Etonne le génie et confond notre orgueil,
 Egypte vénérable, ou, du fond du cercueil,
 Ta grandeur colossale insulte à nos chimères;
 C'est ton peuple qui sut, à ces barques légères,
 Dont rien ne dirigeoit le cours audacieux,
 Chercher des guides surs dans la voute des cieus.
 Quand le fleuve sacré qui féconde tes rives,
 T'apporteoit en tribut ses ondes fugitives,
 Et, sur l'émail des prés égarent les poissons,
 Du limon de sets flots nourrissoit tes moissons,
 Lesc hameaux, dispersés sur les hauteurs fertiles,
 D'un nouvel Océan sembloient former les îles;
 Les palmiers, ranimés par la fraîcheur des eaux,
 Sur l'onde salutaire abaissoient leurs rameaux;
 Par les feux du cancer syéne poursuivie
 Dans ses sables brulants sentoit filtrer la vie;
 Et des murs de Péluse aux lieux nu fut Menphis,
 Mille canots flottoient sur la terre d'Isis.
 Le foible papyrus, par des tissus fragiles,
 Formoit les flancs étroits de ces barques agiles,
 Qui, des lieux séparés conservant les rapports,
 Reunissoient l'Egypte en pareourant ses bords,
 Mais, lorsque dans les airs la Vierge triomphante
 Ramenoit vers le Nil son onde décroissante,
 Quand les tropeaux belants et les épis dorés,
 S'emparvient à leur tour des champs désaltérés,
 Alors d'autres vaisseaux à l'active industrie,
 Ouvroient des aquilons l'oragense patrie.

 Alors mille cités que décroient les arts,
 L'immense pyramide, et cent palais épars

Du Nil enorguéilli coronnoient le rivage.
 Dans les sables d'Ammon le porphyre suavage,
 En cologne hardie élané dans les airs,
 De sa pompe étrangere étonnoit les deserts.

¡O grandeur des mortels! ¡O temps impitoyable!
 Les destins son comblés; dans leur course immuable,
 Les siècles ont détruit cet éclat passager
 Que la superba Egypte offrit à l'étranger.¹

Llegué á Alejandría el mismo dia 13 á las siete de la noche.

Mr. Drovetti me habia fletado un buque austriaco para Túnez. Este bastimento, del porte de ciento veinte toneladas, estaba mandado por un raguseo, y el segundo capitán, llamado *Francisco Dinelli*, era un jóven veneciano muy experimentado en su arte. Los preparativos del viaje y el mal tiempo nos detuvieron en el puerto diez dias, que empleé en correr y recorrer Alejandría.

En una nota de los *Mártires* he citado un largo pasaje de Strabon, que da los pormenores mas satisfactorios sobre la antigua Alejandría, y no es menos conocida la moderna, merced á Mr. de Volney, que ha trazado de ella el cuadro mas completo y esacto. Invito á los lectores á que lo con-

¹ *La Navegacion*, por Mr. Esmenard.

Cuando yo imprimia estos versos, todavía no hace un año, no imaginaba que tan pronto hubieran de aplicarse al autor sus propias palabras:

O temps impitoyable

Les destins sont comblés!

sulten, porque no existe en nuestra lengua un trozo mejor de descripción. En cuanto á los monumentos de Alejandría, Pococke, Norden, Shaw, Thevenot, Pablo Lucas, Tott, Niebuhr, Sonnini y otros ciento, los han examinado, contado y medido. Me limitaré, pues, á dar aquí la inscripción de la columna Pompeya: creo ser el primer viajero que la ha traído á Francia.¹

El mundo sábio la debe á algunos oficiales franceses que lograron sacarla en yeso.

Pococke habia copiado de ella algunas letras, otros muchos viajeros la habian tambien descubierto; y yo mismo he descifrado distintamente con la simple vista algunos rasgos, y entre otros el principio de esta palabra *Diok.....*² que es decisivo. Los grabados del yeso han suministrado estas cuatro líneas:

TO. TATON AYTOKRATORA
 TON POLIOYXON ALEQSANDREIAS
 DIOK. LI. IANON TON TON
 PO. EPARXOS AIGYPTOY

Ante todo debe suplirse á la cabeza de la inscripción la palabra *PROS*. Despues del primer punto, *NSOPH*; des-

1 Me engañaba: Mr. Jaubert habia traído esta inscripción á Francia antes que yo. El sábio Ansse de Villoison la esplicó en un artículo del Almacen enciclopédico, año VIII, tomo V, página 55. Este artículo merece ser citado: el docto helenista propone una leccion un poco diferente de la mia.*

2 Usamos de los caracteres comunes para mejor inteligencia de aquellas personas á quienes no sean familiares los caracteres griegos.

* Véase la nota E al fin del tomo.

pues del segundo, *L*; despues del tercero *T*; al cuarto, *AYGOYS*; al quinto, en fin, es menester añadir *LLION*. Se ve, pues, que solo hay aquí de arbitrario la palabra *AYGOYSTON*, que por otra parte es de poca importancia, y de consiguiente puede leerse:

PROS

TON SOPHZTATON AYTOKRATORA
 TON POLIOYXON ALEQSANDREIAS
 DIOKCLITIANON TON AYGOYSTON
 POLLION EPARXOS AIGYPTOY

Esto es:

“Al muy sábio emperador, protector de Alejandría, Diocleciano Augusto, Polion, prefecto de Egipto.”

De este modo quedan disipadas todas las dudas suscitadas sobre la columna de Pompeyo.¹ ¿Pero nada dice la historia sobre este objeto? A mí me parece que en la vida de un padre del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un temblor de tierra que hubo en Alejandría, cayeron todas las columnas, menos la de Diocleciano.

Mr. Boissonade, á quien estoy tan obligado, y de cuya atención tengo recibidas tantas pruebas, propone se suprima el *PROS* de mi leccion, que no está allí sino para regir los acusativos, y cuyo lugar no está marcado en la base de la columna. En este caso sobreentiende, como en una multitud de inscripciones copiadas por Chandler, Wheeler, Spon, y otros *etimise, honoravit*. Mr. Boissonade, que

1 Esto debe entenderse en cuanto á la inscripción, porque lo que es la columna, es mucho mas antigua que la dedicacion.

parece estar destinado á consolarnos por la pérdida ó la vejez de tantos sábios ilustres, tiene razon sin duda.

En Alejandría experimenté aún uno de aquellos pequeños goces del amor propio de que tan celosos suelen ser los autores, y que tan orgulloso me habia hecho ya en Esparta. Un rico turco, viajero y astrónomo, llamado Alí-Bey el Abassy, habiendo oído pronunciar mi nombre, deseó conocer mis obras. Fuí á hacerle una visita acompañado del cónsul, y luego que me vió, empezó á exclamar: *¡Ah! mi querido Atala y mi querida René!* Alí-Bey me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Aun estoy un poco persuadido de que es el turco mas sábio y civilizado del mundo, aunque no conozca muy bien el género de los nombres en francés; pero *non ego paucis offendar maculis*.¹

Si el Egipto me habia embelesado, Alejandría me pareció el pueblo mas triste de la tierra. Desde el terrado de la casa del cónsul no se descubria mas que un mar desierto, cuyas olas se estrellaban contra unas costas bajas y desnudas, puertos vacíos y el desierto Líbico que se perdía en el horizonte por la parte del Mediodía: este desierto parecia, por decirlo así, que acrecia y prolongaba la superficie plana y amarillenta de las aguas: hubiera podido creerse que se veía un solo mar, cuya mitad estaba agitada y bulliciosa y la otra inmóvil y callada. Véase por do quiera á la nueva Alejandría confundiendo sus ruinas con las de la antigua ciudad; un árabe galopando sobre un asno en medio de las ruinas; algunos perros flacos

¹ ¡He aquí lo que es la gloria! Se me ha asegurado que este Alí-Bey era español de nacimiento, y que ocupa hoy un empleo en España. ¡Buena lección para mi vanidad!

(Nota de la tercera edición).

devorando esqueletos de camellos en la playa; los pabellones de los cónsules europeos tremolando sobre sus habitaciones, y ostentando colores enemigos en medio de los sepulcros: tal era el espectáculo. Algunas veces salia á caballo con Mr. Drovetti, y nos íbamos á pasear á la ciudad antigua, á Necrópolis ó al desierto. La barrilla cubria apenas un arenal árido; á nuestra vista huian los chacales; y una especie de grillo nos aturdió con su voz aguda é importuna, y producía un penoso recuerdo del hogar del Labrador en aquella soledad, en donde jamás el humo campestre llama al viajero á la tienda del árabe. Aquellos sitios son tanto mas tristes, cuanto que los ingleses han inundado la vasta llanura que servía como de jardín á Alejandría: la vista no encuentra mas que arena, agua, y la eterna columna de Pompeyo.

Mr. Drovetti habia hecho construir sobre la plataforma de su casa una pajarera en forma de tienda, en donde mantenía codornices y perdices de varias especies. Pasábamos horas enteras paseando por aquella pajarera y hablando de Francia; y siempre paraban nuestros discursos en que era menester procurarse lo antes posible un pequeño retiro en nuestra patria para colocar en él todas nuestras esperanzas. Un dia, despues de una larga plática sobre el reposo, me volví hácia el mar y mostré á mi huésped el buque en que muy pronto debia embarcarme, que se hallaba en aquel instante muy agitado por el viento. El deseo de la tranquilidad es ciertamente natural al hombre; mas el objeto que nos parece menos elevado, no es siempre el mas fácil de alcanzar, y la cabaña suele huir tambien de nuestros votos lo mismo que el palacio.

Durante mi permanencia en Alejandría, siempre estuvo el cielo encapotado y el mar sombrío y tempestuoso. Dor-